

«sas correrías á que se consagraba el Jesuita, se expresa en estas terminantes palabras: «Pero, aunque el P. José andaba muy afanoso y solícito por varios puntos del Brasil, á la manera que lo hacen algunos de la Compañía, que se internan á veces ciento y doscientas leguas con el objeto de conducir á los pobres isleños á orillas del mar donde los bautizan, preferia con mas particularidad la Itania, por la buena y abundante cosecha de almas que en ella hacia.»

Descalzo, sin mas vestido que una sotana vieja y remendada, con una cruz de madera y un rosario, pendientes del cuello, apoyado en el bordon del peregrino, conduciendo en la otra mano el breviario del sacerdote, y cargado con los ornamentos indispensables para celebrar el sacrificio de la misa, caminaba Anchieta por el interior de aquel país agreste, penetrando en aquellos bosques vírgenes, atravesando á nado los rios, trepando las montañas mas escarpadas, internándose en las llanuras mas solitarias, arrostrando la crueldad de las fieras, y abandonándose en brazos de la Providencia. Tantas fatigas, tantos peligros á que se hallaba expuesto el Jesuita, y que solo tenian al cielo por testigo; los arrostraba gustoso en beneficio de las almas. En vano inundaba con la sangre de sus piés las rocas y las arenas del desierto; nada bastaba á detener su paso; do quier que hallaba un salvaje se lanzaba á su encuentro, le tendia sus amistosos brazos, y con palabras afectuosas y tiernas trataba de proporcionarle un asilo bajo la benéfica sombra de la cruz. Otras veces, cuando los bárbaros se resistian al influjo de sus primeras efusiones, se arrojaba á sus piés, los inundaba de lágrimas, los estrechaba contra su corazón, y valiéndose de las demostraciones mas cariñosas procuraba ganarse su confianza.

Verdad es que los salvajes no podian explicarse en un principio el objeto de aquella abnegacion; mas no por eso se desanimaba el Jesuita. Improvisábase su criado, entregándose como un esclavo á sus menores caprichos; seguiales en sus correrías; insinuábase en su familiaridad, y se asociaba á sus padecimientos, á sus amarguras y placeres: instruiales poco á poco en el conocimiento de Dios; les revelaba las leyes de la moral universal y les disponia á recibir el beneficio de la civilizacion después de haberles amoldado á los preceptos del Evangelio. Habia el Jesuita escogido el Brasil entero como teatro á propósito para desplegar

el ardor de su celo; pero aun existia en el centro de aquellas soledades inmensas una comarca que ocupaba con preferencia su corazón, y de la que habia hecho su morada predilecta. Esta era la tierra de Piedra, país inculto, pedregoso y tan escarpado, que parecian huir hasta los mismos animales, y del cual Anchieta habia hecho su morada favorita; y trabajando en la salud de aquella comarca al parecer maldita reposaba de las fatigas de su apostolado. El nombre de Anchieta, y los prodigios obrados por su intercesion habian popularizado la Compañía en el Brasil, al paso que los sorprendentes efectos de su caridad inspiraron á otros Jesuitas la idea de seguir sus huellas; sin que se pudiese contar de allí á poco una sola gruta de salvajes que no hubiese sido visitada ó bendecida por algun individuo de la Sociedad.

Abierto ya el Brasil al celo de aquellos Padres, ambicionaba nuevas conquistas el celo de Francisco de Borja. Pedro Menendez, capitán experto y consumado, al par que cristiano fervoroso, á quien habia dado orden Felipe II de someter á sus leyes á la Florida, al aceptar la comision de su Soberano habia puesto por condicion que se le agregasen algunos Jesuitas en calidad de auxiliares pacificadores. Accedió el Monarca á su demanda, que comunicó sin demora al P. Francisco: era este vicario general cuando llegó á su noticia la propuesta de Felipe, que acogió gustoso, ordenando á los PP. Martinez, Juan Roger y al coadjutor Francisco Villareal que se dirigiesen al puerto de Sanlúcar donde deberian hacerse á la vela. Hallábanse ya los Jesuitas el 8 de octubre de 1566 enfrente de la Florida; pero viéndose obligados por la ignorancia de los pilotos á reconocer el punto de desembarque, resolvieron enviar á tierra algunos belgas, que conociendo la ferocidad de los naturales, se resistieron á obedecer si no les acompañaba el P. Martinez. Era el Jesuita como su salvaguardia y consolador; y ofrecióse gustoso á su deseo, descendiendo con ellos á la chalupa; mas apenas habian tomado tierra cuando se levantó una furiosa tempestad que arrojó el barco hasta la isla de Cuba.

Abandonado el Jesuita y los nueve flamencos que le seguian en una costa en la que no se descubria vestigio humano, se decidieron á esperar el regreso del buque por espacio de cuatro dias. Pasado este término, y no divizando vela alguna en el horizonte, se internaron en el país en busca de algun alimento; siguieron la corriente de un rio; y con el Jesuita á su frente, que conducia la



imágen del Salvador en el extremo de una lanza, penetraron en la isla de Tacatura, donde apenas fueron observados por los indígenas, cuando lanzándose estos en su persecucion los sumergieron en el rio, teniéndolos asidos del cuello hasta que se les heló la sangre en las venas. El P. Martinez exhortó á los flamencos á morir por la fe; y observando los salvajes la impresion que causaban las palabras del misionero en los ánimos de los marinos, le asesinaron con sus mazas, como tambien á otros dos belgas: los demás lograron fugarse, y salvándose en la chalupa se sustrajeron al furor de aquellos bárbaros, arribando á la Florida, á donde por fin llegaron los PP. Roger y Villareal.

Es la Florida una comarca limitada al Oeste y al Septentrion por una cordillera de montañas que la separan de la Nueva Francia y de Méjico; su suelo tan rico y fecundo, que todo parece nacer en él sin cultivo, se halla bañado por el Misisipi, que llaman los españoles *rio del Espíritu Santo*: fue descubierto este país en 1512 por Juan Ponce de Leon, que se apoderó de él en nombre de su soberano el emperador Carlos V el primer dia de Pascua de Resurreccion. Establecióse en la Carolina el P. Roger, y Villareal en Tequesta, donde empezaron por erigir grandes calvarios para dar á Jesucristo la investidura de aquellas regiones. Los españoles con sus malos tratos habian hecho suspicaces y malintencionados á los naturales, é importaba mucho acostumbrarlos paulatinamente á no confundir en un mismo sentimiento de repulsion los conquistadores y misioneros: tal fue la tarea que se impusieron ambos Jesuitas, teniendo en breve la satisfaccion de ver que sus afanes no eran infructuosos.

El 12 de marzo de 1568 salió del puerto de Sanlúcar el P. Segura acompañado de algunos jóvenes coadjutores con ánimo de fecundar aquella mision; mas era ya tarde. Porque aprovechando los florienses la partida de Menendez para rehusar toda especie de comunicacion con los europeos, habian encendido la guerra; el hambre hacia estragos, y los españoles derrotados perdieron un gran número de los suyos; destruyeron todas las fortalezas que habia construido Menendez; derribaron la cruz, y después de haberse apoderado de la ciudadela de Santa Lucía, en que los soldados hambrientos se habian visto obligados á comerse unos á otros, sitiaron el fuerte de San Agustin, último baluarte que les habia quedado á los españoles en la Florida.

Reducidos los Jesuitas á este extremo, tuvieron que retirarse á la Habana, á donde los llamaba Menendez para conocer la situacion del país. Declaran ellos que esta situacion lamentable durará mientras que los españoles, impulsados por una avaricia sordida, traten de esclavizar mas bien que de reducir al cristianismo aquella nacion, que tiene toda la astucia de los pueblos civilizados, sin poseer como ellos una razon ilustrada. Prometióles Menendez reparar aquel estado de cosas, y Segura regresó á la Florida con sus compañeros. El año siguiente, 1569, recibieron una espantosa confirmacion los pronósticos del Jesuita. Los españoles inventaron ó descubrieron una nueva conspiracion tramada contra ellos, que dió por resultado el degüello de los caciques de la Carolina. Estalla una nueva insurreccion en la que fueron expulsados los europeos, incluso los Jesuitas, que aun no habian tenido tiempo para reparar los pasados desastres. Mas si los misioneros se veian expelidos de una provincia, no por eso desmayaba su celo, pues en el mismo instante penetraban en otra mas vasta.

Los habitantes de la Florida aceptaban de la Religion únicamente lo que no contrariaba demasiado sus pasiones; costábales efectivamente poco trabajo el tributar culto á un Dios bueno, pero repugnaba á sus vicios la idea de un Dios justo, y en esta parte el salvaje se hallaba de acuerdo con la impiedad civilizada. La inmortalidad del alma excitaba sus dudas, porque producía su temor, resultando de aquí que la elocuencia persuasiva del Jesuita encallaba contra esta obstinacion.

Y no eran estas las únicas dificultades: en un país en que la naturaleza prodiga con tanto exceso sus beneficios, se dejó sentir la escasez, ficticia para los indígenas, pero demasiado real para los españoles hasta tal punto, que acosados por el hambre los soldados se entregaban, aun en plena paz, al mas horroroso pillaje, y sus víctimas acusaron á los misioneros de carecer del suficiente prestigio para proteger á su rebaño. Por otra parte los españoles trataban de obligar á los Padres á subvenir á las necesidades de los conquistadores; de manera que los Jesuitas habian llegado á ser un objeto de desconfianza para los dos campamentos, sin encontrar otro medio para poner un término á las sospechas nacientes respecto á la proximidad de los fuertes, que el de transportar á otros países el culto que con tanta fatiga habian procurado aclimatar en este.

Conformándose Segura con los avisos que le ha dado el hermano del cacique de Axaca, que tomó en el bautismo el nombre de Luis Velazquez, se resuelve á trasladarse á esta provincia. Consultó á los demás Jesuitas que se hallaban diseminados por la Florida, y que hallaban los mismos obstáculos en la realizacion de sus misiones; contestáronle estos que el pueblo de Axaca era tan pérfido y vicioso como los de las otras comarcas, y que seria irrealizable cualesquiera plan en aquella costa. El gobernador de la Habana instaba á Segura á que se presentase en Axaca en union de otros siete Jesuitas, verificándolo este á fines de agosto de 1570: la escasez, acompañada de horribles enfermedades, habia hecho presa en esta parte de la Florida; aplicóse Segura á dulcificar los padecimientos de sus habitantes, compartiendo con ellos las provisiones que llevaba; pero abrigaba en su alma ún pesar profundo. El neófito bautizado en España y hermano del cacique habia vuelto á sus bárbaras costumbres; en vano fueron enviados tres Jesuitas con el objeto de probar con él un último esfuerzo: prometiéndoles seguir los consejos de Segura, pero apenas habian salido de su aduar, cuando escoltado de un peloton de indios se lanza sobre ellos y los asesina.

Presentase el renegado algunos dias después ante el Jesuita, y bajo pretexto de ir á cortar leña, le pide los instrumentos de que se provieron los Jesuitas en la Habana. Grosero era el artificio, mas pronto conoció el provincial que debia regar con su sangre aquella tierra ingrata, como tambien sus demás hermanos. Sin dar á conocer ninguna especie de desconfianza, le indicó con el dedo el sitio en que se hallaban depositadas las hachas, y en el mismo instante fueron asesinados por Velazquez los cuatro misioneros.

Habia en el fondo del corazon de los indios cierto germen de aversion, provocado por la venganza, contra los europeos, que no bastaba para acallarle el desprendimiento de los Padres. Después que Pizarro, Almagro y Fernandez, por la mas audaz de las conquistas, lograron apoderarse del imperio de los Incas, revelando á los españoles los tesoros ocultos en sus pagodas y en las minas del Perú, todas las ambiciones y todas las codicias se habian despertado con esta magnífica presa. Hubo monstruosas traiciones é indecibles atentados, segun refiere el dominico P. Bartolomé de Las Casas, obispo de Chiapa. Este religioso, cuyo nom-

bre ha llegado á ser una de las glorias de la humanidad, escribia á Carlos V en estos términos ¹:

«No se creyeron bastante satisfechos los españoles con haber «subyugado y esclavizado á unos pueblos sobre quienes no les «daba ningun derecho ni la razon ni la justicia; inventaron toda «especie de guerras y suplicios contra estas naciones que no les habian hecho sino bien. No satisfechos con arrebatarles su libertad «y todas sus riquezas, los mataban á sangre fria, y únicamente «por diversion; haciendo varias apuestas sobre quién hendiria «con mas destreza de un sablazo á un indio en dos partes, ó quién «le cortaria mejor la cabeza: tan presto abrian el vientre á mujeres embarazadas, y arrebatando á otras del pecho á sus hijos, los «estrellaban la cabeza contra las paredes ó las piedras, lanzándolos en seguida al rio, y gritándoles con sarcasmos y risas infernales: Nada, hijo mio, nada: cortaban á otros las narices, orejas, brazos y piernas, y los abandonaban todavia vivos á las fieras ó á sus perros; algunas veces tambien erigian prolongadas «horcas donde los colgaban en número de trece, en honor, decian, «de Nuestro Señor y de sus doce Apóstoles, y encendiendo debajo «grandes hogueras los quemaban vivos. Este suplicio le destinaban principalmente á los caciques y señores del país, á quienes «extendian sobre ciertas parrillas preparadas al efecto con grandes «barrotes, haciéndolos asar á fuego lento. Yo mismo ví quemar «una vez á cuatro ó cinco señores del país, á mas de otras dos ó «tres parrillas que habian formado de igual suerte. Y como aquellos infortunados lanzasen horribles gritos, el capitan español, «que no podia dormir á causa de aquella gritería, mandó que los «estrangulasen; pero el sargento, aun mas inhumano que el verdugo que los quemaba, les puso unas mordazas, y él mismo atizó el fuego hasta que estuvieron enteramente asados.

«Viendo que todas estas barbaries obligaban á los indios á fugarse á las montañas y bosques, amaestraron estos tiranos á unos enormes lebreles para que fuesen á darles caza, devorándolos en un instante. Cuando acompañaban ellos á sus perros, y «no tenian con que darles de comer, arrebataban el primer niño «que se les venia á la mano del seno de su madre, y dividiéndole «en pedazos les distribuian á cada uno un miembro, y en seguida

¹ La memoria de Las Casas, dirigida al Emperador bajo el título de *Destruccion de las Indias por los españoles*, ha sido impresa en Ruan en 1630.

«les arrojaban el tronco. Si marchaban á la descubierta con sus «lebreles, llevaban consigo un gran número de indios á quienes «mataban para que les sirviesen de alimento; y cuando por casualidad acontecía que alguno no los llevaba, se decían mutuamente: *Préstame un cuarto de Velasco* (así llamaban por desprecio «á los indios); prestándose un cuarto de carne humana como si «fuera de carnero ó de cerdo. Otros amputaban las manos tanto á «hombres como á mujeres, y las ensartaban en largas estacas «para que los demás vieses desde léjos el trato que les daban; «yo mismo conté setenta pares de manos ensartadas de ese modo. «Algunas veces, para evitarse el trabajo de matarlos, los reunían «en una cabaña á la que prendían fuego quemándolos vivos, ó «los hacinaban en un gran patio, donde introduciendo un peloton «de soldados, los degollaban á todos. Los esclavos eran mejor «tratados que sus amos; amarrábanlos á una gruesa cadena de «hierro haciéndoles conducir los pesos mas enormes; y cuando «sucumbían bajo la carga, ó de cansancio, de hambre ó desfallecimiento, por no molestarse á quitarles el collar de hierro que «los tenía atados á la cadena, les cortaban la cabeza con la mayor serenidad.

«Habiendo reunido en un solo dia quinientos caciques, los condujeron á la plaza, donde les cortaron la cabeza. Y como esta «atrocidad obligase al resto de los indios á fugarse á las montañas, los españoles enviaron tropas en su persecucion, que asesinaron á cuatro mil, y precipitaron de las rocas á setecientos; de «manera que se veía en el aire una nube de indios que se hicieron mil pedazos al caer. Cuando iban á hacer la guerra llevaban en su compañía diez ó veinte mil indios, á quienes para «economizar el alimento, daban á comer á sus compatriotas prisioneros, viéndose en su campamento festines de carne humana, «donde asesinaban en su presencia á los niños para aprovechar únicamente las manos como uno de los bocados mas exquisitos.

«Respecto á sus esclavos, á quienes transportaban á otros países, no disfrutaban siquiera de este execrable alimento, muriendo casi todos de hambre por la avaricia de los armadores: «perecieron aquellos en tan gran número, que un buque procedente de las islas Lucayas, que se dirigia á la isla Española, que «después se llamó de Santo Domingo, distante de aquellas setenta leguas, llegó sin el auxilio de la brújula, guiado únicamente

«por la huella de los indios muertos, cuyos cadáveres flotaban «por millares sobre las olas¹.»

Cubriáanse los europeos con la autoridad de un Dios muerto por todos, para entregarse á tan inauditas crueldades; la Religion en

¹ Insertamos la nota que sobre esta relacion ponen los traductores de Barcelona, dice así:

«La sola lectura de la relacion que antecede basta para convencer á cualquier hombre sensato de la fe que se merece, y no podemos dejar de admirar «que un escritor que tan discreto é imparcial se muestra en esta *Historia de los Jesuitas*, parezca dar crédito á las absurdas é increíbles exageraciones que aquí «se relatan. Como hierve todavía en nuestras venas sangre española, hemos leído este fragmento, con no menos horror que indignacion; y no podemos menos de apelar desde luego al juicio imparcial de otro escritor extranjero, que «apoyado en los fundamentos de la mas severa crítica, y sin querer disimular que «hubo violencias cometidas por los españoles en los países conquistados del «Nuevo Mundo, demuestra hasta la evidencia, que estas fueron menores de lo «que se podia temer, atendidas las circunstancias, ó á lo menos que no son mayores que las de las otras naciones; que las crueldades atribuidas á los españoles contra la vida de los indios, ó son falsas, ó exageradas por testigos «indignos de crédito; que los atentados contra su libertad y bienes, son calumnias mal fundadas; que todas las violencias fueron acciones privadas de hombres particulares; pero siempre condenadas y corregidas por el Gobierno y la «Nacion, y que todos los males fueron compensados ventajosamente con mayores bienes.

«En cuanto al P. Fr. Bartolomé de Las Casas, dice el abate Nuix que podria ponerse en duda si es apócrifa la obra que corre bajo su nombre, citando el sentir del ilustre P. Fr. Juan Melendez en su *Verdadero Tesoro de las Indias*, de «que algun francés, enemigo capital de la reputacion española, la imprimió bajo «el especioso nombre de aquel Obispo, no en Sevilla, como se supone, sino en «Leon de Francia. Y aunque fuese obra genuina del Autor, preciso es examinar si por su mismo contexto es digno de fe; si pondera desmedidamente las «cosas contando hechos increíbles, y si en sus relatos se opone á autores mas «dignos de fe que él. La sola consideracion de sus gigantescas ponderaciones «le pone fuera del nivel; no solo de la verdad, sino hasta de la verosimilitud. «En el fol. 2 b. lin. 2, da á entender que la poblacion exterminada por los españoles sería como de trescientos millones; que en la tierra firme habian des- «poblado y asolado los españoles mas de diez reinos mayores que toda España; «esto es, mas de dos mil leguas de terreno; llegando su extravagancia á suponer «que los españoles mataron mas hombres en aquellos países de los que se cree «habitan en el dia en nuestro globo. Tan desatinadas proporciones en las cantidades son mas que suficiente motivo para condenar por falsedades todo lo «que refiere en cuanto al modo con que aquellas muertes se cometieron.

«Y es lo mas notable que los mismos escritores, como Raynal y otros que «creen el testimonio de Las Casas sobre su palabra cuando acusa á España de «la despoblacion de América, desechan su testimonio, y se niegan á creer la «multitud de millones de habitantes que supone aquel existían en tiempo de la

ellos no habia sido mas que un pretexto, pero en el corazon los peruanos debian acusar y la acusaban efectivamente. Felipe II conoció que para eternizar su dominio en un país cuyo nombre se habia hecho sinónimo de riqueza, era preciso enseñar á los indí-

«conquista. Si le negais el asenso, les dice con mucha razon el escritor italiano, acerca del número de los vivos, ¿por qué se lo dais tocante á la muchedumbre de los muertos? Si no teneis por verdad que viviesen tantos indios, ¿cómo os persuadís á que pudiesen morir tantos? ¿Será porque lo primero concilia algun honor á España, y lo segundo la disfama?

«Casi en todas las páginas afirma que aquellos países eran los mas poblados del mundo. Los compara á un colmenar de gentes. A su decir, todas las tierras eran mas pobladas y llenas de gente que Toledo, y Sevilla, y Valencia, y Zaragoza juntamente con Barcelona. Todo aquel país era un paraíso de deleites, y las provincias estaban mas pobladas que la mas frecuentada y poblada tierra que pueda haber en el mundo.

«El prurito ó furor de este acusador por exagerar se deja ver en todo su discurso sobre cualquier punto. Tanto como es desmesurado en describir la crueldad de los conquistadores, lo es tambien en pintar la bondad de los indios. Los compara á un convento de buenos y concertados religiosos, y asegura que hasta que la muchedumbre de gentes de aquella Isla (habla de la Española) fueron muertas, no cometieron contra los cristianos un solo pecado mortal que fuese punible por hombres. Los llama los mas simples, sin maldades ni dobleces, mas humildes, mas pacientes, mas pacíficos, sin rencores, ni odios, ni venganzas: su comida como la de los santos Padres en el desierto. Los llama las gentes mas bienaventuradas del mundo si solamente conocieran á Dios.

«¿No se parece esta pintura á la de la edad de oro, así como aquellas ponderadas matanzas á los cuentos de Amadis de Gaula?

«¿Quiérense mas ponderaciones increíbles del Sr. Las Casas? En el fol. 6, «lín. 29, dice: *A lo que basta para tres casas de á diez personas cada una para un mes, come un cristiano y destruye en un dia.* Fol. 36, lín. 23: *Come mas un tragon de un español en un dia, que bastaria para un mes á una casa donde haya diez personas de indios.* ¡Buenas tragaderas se necesitan para «creerlo! En el fol. 168, lín. 13, dice enfáticamente que los españoles yermaron «y abrasaron mas de 2300 leguas de tierra llenas de hombres, sin dejar «mante ni piante en ellas. En el fol. 168, lín. 11, que aunque se despoblase España, y pasasen á América todos sus habitantes, no bastarian á poblar en «mil años lo que se despobló en cuarenta. En donde además de la exageracion «sobre toda verosimilitud, se nota poquísima inteligencia en punto á cálculo y «poblacion. A este respecto el globo terrestre aun no tendria en el dia de hoy «tantos habitantes como comprende una mediana provincia.

«En segundo lugar, el citado testigo no merece crédito alguno, por cuanto «su relacion se opone á los testimonios mas ciertos y auténticos. Oigamos sus «palabras (fol. 9, lín 23): *Sé por cierta é infalible ciencia que los indios tuvieron siempre justísima guerra contra los Cristianos, é los Cristianos, una «ni ninguna tuvieron justa contra los indios, antes fueron todas diabólicas... «é lo mismo afirmo de cuantas han hecho en todas las Indias.* Siempre las ex-

genas á apreciar las máximas del Evangelio. Con la esperanza de hacer triunfar su sistema de ocupacion, exigió de Borja algunos Jesuitas, y accediendo este gustoso á su demanda, nombró á Gerónimo Portillo director de ocho Padres que marcharon á cum-

«presiones de nuestro acusador llevan consigo un carácter gigantesco, y para «derribarlas bastaria deducir aquel tan sabido principio: *Qui nimis probat, nihil probat.* Entre otras de las seis causas que señala Las Casas, justas segun «él, para poder hacer guerra á los indios, es la sexta: Si se emprende para «bertar á los inocentes. De estos se cuenta que dentro la sola ciudad de Méjico «se solian sacrificar cada año á los ídolos el número de veinte mil víctimas «humanas.

«El Ilmo. Sr. Zumarraga, célebre por su santidad y su celo por la salud «de los indios, que visitó é ilustró el reino de Méjico en los primeros años «después de su conquista, en una carta al Capítulo, de 12 de junio de 1531; el «famoso Torquemada, en su *Monarquía indiana*, lib VII, cap. XXI, part. II, «y los Padres Franciscanos que fueron allá y cuidadosamente se informaron, «confirman todos, que si bien aquel número era excesivo, las víctimas huma- «nas sacrificadas en Méjico todos los años llegaban á doce mil y quinientas. «Herrera en su *Decad.* III, lib. II, cap. XVI, dice que hubo dia que en diver- «sas partes fueron sacrificados mas de veinte mil hombres, y alguna vez en la «ciudad de Méjico cinco mil. ¿No tenemos, por último, el testimonio de Solís, «acerca tan bárbaros sacrificios que halló Cortés en aquel imperio?

«El Sr. Las Casas en su obra representa la América despoblada por las «atrocidades de los conquistadores. Pero Raynal afirma que la crueldad y bar- «barie de los conquistadores no fue la causa principal ni el verdadero origen «de la despoblacion; sino la opresion lenta del Gobierno. En ninguna parte de «su relacion dice el obispo de Chiapa que las minas de oro fueron abismos «que devoraban la poblacion. Mas el historiador filósofo casi siempre atribu- «ye á las minas todo el estrago, y hablando de las Californias, felices bajo «el Gobierno español, se le escapa esta reflexion: *Serán dichosos en tanto que «no se descubran minas en su territorio. Si llegan á descubrirse, desaparecerá «el pueblo, como tantos otros, de la superficie del globo.* Afirma Las Casas que «los pueblos de América eran mas felices que los de España; diciendo en ge- «neral de todos los indios, que eran los mas bienaventurados del mundo antes «de haber visto á los españoles. Lo contrario escribe el historiador francés, en «estos términos: *El estado entero era sacrificado á los caprichos, á los place- «res y á la magnificencia de un corto número... Los mejicanos son hoy dia me- «nos desgraciados que bajo el dominio de sus Motezumás.*

«Por fin el Sr. Las Casas y el Sr. Raynal, omitiendo otras particularida- «des, discrepan palpablemente en el punto principal de la poblacion, como «hemos notado, pues el primero afirma que fue muerto un número de indios «mayor del que el segundo cree existia. El Sr. Las Casas, pues, en su rela- «cion se opone no solo al testimonio de los autores mas fidedignos, sino tam- «bien á la autoridad incontrastable de los extranjeros menos sospechosos.

«Seria nunca acabar el recorrer todas las falsedades que por todos estilos sal- «tan á la vista en éste que pudiéramos llamar romance de Las Casas. Ellas son